

DANIEL J. CRANWELL

Por el Académico DR. LEONARDO H. MAC LEAN

Con la cita de Aristóteles, que Daniel J. Cranwell escoge para su epígrafe en *El placer de recordar*, comenzará éste mi homenaje. El filósofo griego decía: "La memoria se complace en un pasado que jamás volverá".

El proemio deja trasuntar una cierta melancolía por ese tiempo vivido y gozado que se le está yendo de las manos, y del que sólo le queda, precisamente, el placer de recordar...

Así lo explica escribiendo: "Todo lo bueno y lo malo de un pasado que ha desaparecido para siempre, se nos presenta de cuando en cuando con la rapidez del relámpago y lo que es más curioso, experimentamos intensa satisfacción en recordar".

Son muchas las obras escritas que nos ha dejado este maestro de la Medicina, pero en *El placer de recordar* se consagra el pensamiento de ese otro gran maestro, que es Khallil Gibran, que decía que "en el rocío de las pequeñas cosas, el corazón encuentra su mañana y toma su frescura".

Precisamente de diafanidad y frescura está impregnado el bello libro de Cranwell... Su melancolía y su nostalgia no lo abandonan. La misma nostalgia y melancolía que dejan su estela en el proemio a *Once lustros de la vida de un cirujano* cuando escribe: "...al aproximarse el final de la jornada, los grandes entusiasmos se han atenuado y las ambiciones más justas y nobles han desaparecido. Por esplendente que sea el ocaso, sus fuegos rosados se van esfumando y distan de tener el vigor

de las luces de la aurora, y mucho menos el brillo deslumbrante del sol de mediodía”.

Consciente de que nada en la vida se da sin trabajo y esfuerzo, en dicha obra cita a modo de epígrafe un pasaje del *Mémorable Livre* de Xenophon: “Tout ce qu’il y a d’excellent et de beau dans le monde, ne peut s’acquérir sans soin et sans peine. Les Dieux ne le donnent point autrement aux hommes”.

Por razones de probidad intelectual evocaré a este maestro a través de una selección de textos pertenecientes a sus propios libros y a los de otros que le han rendido homenaje antes y mejor.

Perteneciente a una era a la que él mismo define como “la gloria de vivir y actuar en el último cuarto del siglo XIX y primeros lustros del presente”, nos muestra durante once lustros de su vida de cirujano, “la evolución de la cirugía desde la antisepsia con el ácido fénico y el bicloruro de mercurio, hasta la asepsia integral y más recientemente, la antisepsia interna por la administración de las sulfamidas y el maravilloso preparado penicilina. . .

”Cranwell tenía alma de cirujano, que es un alma particular, con matices propios, dentro del alma galénica. Él no se concebía —como no se concibe ningún cirujano—, sin el bisturí en la mano, como el escultor sin el escoplo, y el escritor sin la pluma. Bisturí, buril y pluma son las prolongaciones del espíritu de sus poseedores. Las ideas y las emociones chispean y vibran en el punto de esos instrumentos. Sus dueños se encuentran tan connaturalizados con ellos, que los consideran parte de su propio cuerpo. Los ojos podrán guiarlos, la mano podrá tenerlos, pero sólo el corazón y el espíritu los mueven, y les dan luz y les dan vida” —así se refiere Osvaldo Loudet en su homenaje a Cranwell, en su *Más allá de la clínica*.

Sería demasiado ambicioso si intentara que mi humilde evocación se situara a la altura de la de este otro gran médico, cuya pluma ágil y versada, es precisamente una prolongación de su espíritu. . . ! Como cirujano, esa gran verdad es la condicionante de mis limitaciones como escritor. Mi prolongación, tal vez, la pueda sentir en el bisturí, y no, en la pluma. Cranwell tuvo el privilegio de poseer ambas prolongaciones.

A través de sus múltiples libros encontramos ese interés por las cosas de la vida, por las pequeñas cosas de

la vida, que a veces tienen mayor trascendencia que la de aquellas que parecen más trascendentes.

Todo ello, sin abandonar jamás su "res sacra", que para él fue la cirugía. Así se refiere a ésta Jean Louis Faure, citado por Loudet, como "la naturaleza sagrada a la que hay que aproximarse con temor y de la que hay que hablar con respeto, como de una diosa que tuviese en su mano soberana la vida y la muerte de aquellos que se sacrifican en su altar".

Con la misma amenidad con que Cranwell nos re-relata su estada en París en el bienio 1894-1895, luego de haber sido laureado con el diploma de honor por la Universidad de Buenos Aires, lo hace para referirse a la "receta magistral" de los buenos asados con cuero que disfrutara en la estancia de sus abuelos, y para cuya preparación "se requiere habilidad, baquía y extraordinaria paciencia". A más de dar los secretos en forma minuciosa aconseja: "Para obtener un buen asado se necesita el calor de la brasa que dejan los huesos encendidos. El pelo se chamusca un poco pero el pelo no debe quemarse". Finalmente de la última y más importante recomendación, que es válida también para todas las empresas de la vida: "Para hacerlo bien se necesita paciencia, más paciencia y siempre paciencia".

Con agilidad y sutileza evoca las comidas de etiqueta en el restaurante parisino "Larue", próximo a "La Madeleine", donde "las damas mostraban la piel de la parte superior del cuerpo y la falda larga que ocultaba hasta el zapato".

"Trozos de apio preparados con mostaza, rodajas de salmón a la parilla, el *entrecôte* con la *salade* de la estación", alternan con las descripciones acerca de las técnicas que el "Café de la Paix" usaba para servir el ajeno, tan de moda en la Francia de esa época. "Tóxico terrible que causaba grandes estragos tanto morales como materiales."

Si bien el París de Cranwell era recorrido por "fiacres" tirados por un caballo pequeño y manejado por cocheros de galera blanca y grueso bigote, o por "ómnibus tirados por dos o tres magníficos percherones torcillos", descubrimos un París con toda su vigencia. Como cuando escribe: "...el Boulevard St. Michel lleno de artistas y estudiantes o bohemios con pantalones de tercio-

pelo negro, estrechados en el tobillo, saco corto del mismo color, sombrero de alas anchas y una corbata suelta”.

Pero sus andanzas por el barrio Latino no se limitaron meramente a esas observaciones. Sus amistades con Terrier lo llevaron a estudiar la asepsia en cirugía, que veía la luz en el Instituto Pasteur; con Dieulafoy, a partir de la concurrencia a sus clases en el Hotel Dieu.

Su admiración por Farabeuf lo motiva a dedicarle páginas profundas, para finalmente considerarlo como “el educador de los cirujanos franceses del siglo pasado y principios del presente”.

Conoció personalmente a Pean, Tillaux, Reclus, Terrier... Adhiriendo a la ironía de Pirovano, al referirse a Pean, recuerda las palabras de su admirado maestro: “Pean es el médico menos caro de los hospitales (franceses), no lo he visto colocarse ni un delantal, opera en traje de calle”. “Después de las operaciones más sangrientas, sus dedos apenas manchados (no se usaban guantes de cirugía), y sería imposible percibir sobre sus ropas la mínima gota de sangre. Jamás se agita, una sangre fría excepcional le acompaña aún en las operaciones, y lo admirable es ver su cuchillo deslizarse con el arte más elegante a través de una articulación, sin jamás tropezar con el hueso.”

Su amor y dedicación por la cirugía lo llevan a conocer a Collin en París. Obrero de la casa “Charrier”, se perfeccionó por su constante e inteligente labor, hasta llegar a ser director y propietario de la importante industria. La casa “Collin” seguramente era la mejor para la fabricación de instrumentos quirúrgicos... “Allí se había construido el uretrótomo de Maissonneuve, el litotritor de Guyon y el fórceps de Tarnier, y los instrumentos de Farabeuf y Doyer.”

Famoso por una articulación que introduce en los instrumentos de dos ramas, Collin adquiere fama mundial, y al menos los cirujanos de la Argentina prefirieron siempre sus instrumentos. “En esa época compré todo mi arsenal quirúrgico, porque aún no existían sanatorios y se operaba en las casas de familia, donde el cirujano debía llevar su propio instrumental.”

La transición de las diferentes etapas que va viviendo, “desde la era preantiséptica con una cirugía rápida, violenta, dolorosa y brutal, insegura y sombría en sus

consecuencias”, donde “ir a la mesa de operaciones en ese tiempo constituía un acto heroico para el operador y el operado” —al decir de Osvaldo Loudet—, le hace conocer luego, lo que Cranwell denomina la “cirugía etérea”, donde “las condiciones de la anestesia y de la asepsia, eran aproximarse al cielo, después de estar viviendo durante siglos en el infierno”.

A través de sus varios libros recuerda anécdotas que relata con seria y fina ironía: “Fornier dictaba los domingos en el Hospital San Luis, en ese momento, el tema del herpes, enfermedad a la cual dedicó todo su curso, no obstante haber dicho en su primera conferencia: «Señores, ¿qué es el herpes? No sé absolutamente nada»”. O como “algunos años más tarde pude conocerle mejor —se refiere a Lancereaux—, e invitado a su mesa mientras saboreábamos un buen Borgogna, le hice notar que yo le había conocido en el Hotel Dieu, muchos años antes, predicando contra el alcohol y los vinos, pero rápidamente me observó: mi querido señor, yo predicaba contra los malos vinos; éste es excelente”.

Largo sería de transcribir citas y anécdotas refulgentes, plenas de amor a la vida, pasión por la ciencia, de sabiduría impregnada con una gracia elegante.

Su espíritu humilde, y su falta de vanidad hicieron, lamentablemente, que su obra escrita se desvaneciera en el tiempo. Apenas “ochocientos ejemplares y diez en papel imperial del Japón” —tal como reza en la contrapunta de cada uno— para dedicarlos a sus seres más íntimos y amigos queridos, deberían ser incluidos en la bibliografía recomendada de los programas de Historia de la Medicina. No sólo se refiere a la medicina argentina sino también a la europea. Estudió anatomía con Schwalbe en Estrasburgo, cirugía abdominal en el servicio de Gussenbauer en Viena, en el de Billroth, “a donde asistían estudiantes de los Balcanes, Medio Oriente y algunos norteamericanos”.

Admirador de las bellezas del mundo, entre las que cita las pirámides de Egipto, los jardines de Semíramis, la estatua de Júpiter, obra de Fidias, el Coloso de Rodas, el templo de Diana en Éfeso, el sepulcro del Rey en el mausoleo de Halicarnaso, el faro y la biblioteca de Alejandría con sus setecientos mil volúmenes...

No por ser menos bellas deja de reconocer las siete

maravillas naturales de su querido país. Pero sobre todas ellas ama el Delta, que recorre en su yate "Tesarái" y la "pampa ubérrima y grandiosa".

Páginas dignas de ser leídas y disfrutadas son las que dedica al internado de su querido Hospital de Clínicas. Su admiración y respeto debidos a la calidad de sus maestros, que "el título de interno es también el máspreciado de nuestra carrera médica". "Se ostenta con orgullo y se destaca en la portada de la tesis."

En *Nuestros grandes médicos* confiesa que el título de interno "lo conservo como el máspreciado galardón que guardo". "El internado es el hogar donde se forman los futuros profesionales; la escuela máspreciada y eficaz para la enseñanza práctica; la fragua donde se forma el carácter y se adquiere amor al trabajo y a la sagrada profesión..."

Allí se aprendía también la camaradería y no por serio se dejaba de dar esparcimiento al espíritu jocosos de situaciones risueñas como las bromas de las que eran víctimas los recién egresados, los bizcochuelos con centro de algodón, las pastas preparadas con mezclas inflamables, el asalto inocente a la despensa...

Agradezco a Daniel J. Cranwell por haberme dado la posibilidad de nutrirme a través de su obra escrita. Con Osvaldo Loudet expreso: "La lectura de estos libros nos demuestra qué equivocados están los que piensan todavía, que el cirujano tiene un corazón de granito. Simulan tenerlo, durante la batalla quirúrgica, pero apartados de ella, muestran las exquisiteces de su sensibilidad".